

LANUZA.

Drama en tres actos y en verso,

ORIGINAL DE

D. LUIS MARIANO DE BARRA.

*Estrenado con extraordinario éxito en el teatro de Va-
riedades la noche del 21 de Octubre de 1854.*



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ REPULLÉS.

Noviembre 1854.

PERSONAJES. ACTORES.

DOÑA ELVIRA.	<i>D.^a Matilde Duclós.</i>
SOL.	<i>D.^a Carolina Duclós.</i>
LANUZA.	<i>D. Manuel Ossorio.</i>
DON MARTIN.	<i>D. José Calvo.</i>
GIL DE MESA.	<i>D. Antonio Alverá.</i>
EL MARQUÉS DE ALMENARA.	<i>D. Blas Sainz.</i>
CARCELERO.	<i>D. Jorge Pardiñas.</i>
UN HOMBRE DEL PUEBLO.	<i>Sr. Porres.</i>
UN EMBOZADO.	<i>Sr. Medina.</i>
EMBOZADOS, HOMBRES DEL PUEBLO DE ARAGON Y ACOMPAÑAMIENTO.	

La escena es en Zaragoza el año 1545.

Este drama pertenece á la Galería Dramática, que comprende los teatros moderno, antiguo español y extranjero, y es propiedad de su editor *D. Manuel Pedro Delgado*, quien perseguirá ante la ley para que se le apliquen las penas que marca la misma al que sin su permiso le reimprima ó represente en algun teatro del Reino, ó en los Liceos y demas Sociedades sostenidas por suscripcion de los Socios, con arreglo á la ley de 10 de Junio de 1847, y decreto Orgánico de teatros de 28 de Julio de 1852.

Á EDUARDO DE INZA,

*su amigo de la infancia; le ofrece esta corta prue-
ba de su cariño*

EL AUTOR.

A EDUARDO DE INSA,

en un momento de la vida, lo que es una gran parte
de la vida.

EN 4-10-20

Acto primero.



El teatro representa una casa de modesta apariencia.—Muebles de la época. Sillones de baqueta. Mesas de nogal sin tapete con relojes encima. Espejos antiguos.—Puerta grande al fondo que figura dar al exterior, y dos laterales. Ventana á la derecha en segundo término.

ESCENA PRIMERA.

DON MARTIN. EL MARQUÉS DE ALMENARA.

(Aparecen sentados en medio de la escena. El Marqués dice sus primeros versos levantándose, y don Martin le imita al empezar tambien los suyos.)

Marques. Y esto vine á preveniros
por lo que importaros pueda.

(Levantándose.)

D. Martin. Razones que no convencen (*Idem.*)
son, Almenara, las vuestras...
ni pretendo adivinarlas,
ni he de cansarme en saberlas.
Desde que el rey don Felipe
os envió á nuestra tierra,
todo el Aragon os odia,
si toda Castilla os tiembla...

(Señal de impaciencia en el Marqués.)

—Dejadme acabar.—Soy viejo
y pasé mi vida entera
mandando á mi corazon
que no atajára mi lengua.

Descendiente de una raza,
que trescientos años cuenta,
heredé de mis mayores
el título que hoy me pesa,
que á no ser mis canas tantas
menos mis temores fueran.

Como Justicia mayor
todo Aragon me respeta,
y obrando dentro la ley,
y la libertad con ella,
del rey abajo, ninguno
sufro que mandarme pueda.

Marqués, Aragon es libre:
sus fueros, sus preeminencias
con la sangre de sus hijos
las ha conquistado enteras.

Vos por el rey enviado
quereis acabar con ellas;
mas sabed que mientras viva
un aragonés siquiera,
sin pasar por su cadáver
la libertad no está muerta. (*Con decision.*)

Marques.

Tened en cuenta, Justicia, (*Con altanería.*)
que el rey, que os lo diga ordena.

Con pretesto de sus fueros
los descontentos vocean;
Zaragoza que dormia,
á la rebelion despierta;
y si vos haceis las leyes
que os rigen y que os gobiernan
sin contar con el monarca,
que es nuestro Dios en la tierra,
¡ay de Aragon y sus fueros
si á la rebelion se apresta!
Las tropas de don Felipe
van á pasar la frontera,
y al menor grito de alarma,
á la señal mas pequeña,
os juro que Zaragoza
ha de caer piedra á piedra.

D. Martin.

Dad, Marqués, vuestra palabra
de que esas tropas no llegan,

de que el rey no ha pretendido
governarnos por la fuerza,
de que serán respetadas
nuestras leyes, nuestras tierras,
nuestra libertad querida,
y os juro yo que no llega
á la noche, sin que todo
á quedar tranquilo vuelva.

Marques. Yo del rey nunca respondo,
que es su voluntad excelsa,
y obedecerla me toca,
sea, don Juan, la que sea.

D. Martin. Entonces yo no respondo
del pueblo ni sus ideas,
que el pueblo es rey de sí mismo,
y que le obedezca es fuerza.

Marques. ¡Pues rey á rey lucharemos!

D. Martin. Dios ayudará al que venza.
Pero advertid que en lugar
de no fomentar la guerra,
mandaré que se disponga
Zaragoza á la pelea.

Marques. Las órdenes de esa clase
se firman con la cabeza.

D. Martin. Dios y el pueblo me socorren:
si el rey puede mas, que venga.

Marques. ¡Por última vez os mando
que me presteis obediencia!

D. Martin. Por última vez os ruego
que respeteis nuestra tierra.

Marques. Que va á caer Zaragoza,
y vos, Justicia, con ella.

D. Martin. Cuando el rey venga, rompiendo
sus juramentos, á verla,
le dará parte de todo,
su virey, desde una almena.

*(Le saluda y se va por el foro izquierda con ademán
arrogante.)*

ESCENA II.

EL MARQUÉS DE ALMENARA.

¡Oh! ¡Yo humillaré tu orgullo,
fiera raza aragonesa! ¡
Yo te cortaré las alas
con que libremente vuelas,
aunque fuera necesario
cortar tu vida con ellas.
Y tú, familia de hierro,
que con tal orgullo llevas
ese nombre de Lanuza
que veinte Justicias cuenta;
tú, á quien Elvira la ingrata
pertenece, tú que atentas
á mi poder, tú que quieres
mi esterminio, ¡tiembla! ¡tiembla!—

(Se asoma á la ventana.)

Nada se escucha en la plaza;
todo se ha calmado...

(Se aparta de la ventana, y al volverse ve á Elvira que sale por la primera puerta de la izquierda.)

¡Ah! ¡es ella!

ESCENA III.

EL MARQUÉS DE ALMENARA. ELVIRA. *(Sin ver al Marqués y encaminándose á la ventana.)*

Elvira. ¿Por qué el Justicia á la calle
sale con faz descompuesta?

¿Por qué sale con sus guardias...

Marques. *(Adelantándose.)*

Porque vos esteis sin ellas.

Elvira. ¡Ah! ¡el Marqués!... *(Sobrecogida.)*

Marques. El mismo, Elvira:
aquel que solo en tí piensa; *(Con pasion.)*
el que te ofreció mil veces
su pasion y sus riquezas;
el que disfrazado ronda
toda la noche á tus rejas;

aquel cuya mano tocas
 en la pila de la iglesia ;
 el que á la luz de tus ojos
 sin luz á sus ojos deja ;
 el que muere á los desdenes
 de Elvira, que le desprecia.

Elvira.

(Con timidez.)

¡ Ah ! Marqués , no esas palabras
 digais en mi casa mesma :
 no desperdiciéis amores
 que bien á las damas sientan ,
 en quien es para vos poco
 y en quien amaros no deba.
 Ya os lo dije , agradecida
 á vuestro amor mi alma queda ,
 pero le escucho temblando
 cuando á mis oídos llega.

Marques.

¿ Y por qué , Elvira , no escuchas
 mis enamoradas quejas ?

Elvira.

Porque soy , Marqués , muy pobre.
 Huérfana y sola en la tierra
 me recogió desde niña
 Lanuza , y locura fuera
 alzar los ojos al mundo
 para quedar en él ciega.
 Vos sois noble y poderoso ,
 yo pobre , sola y doncella ;
 ni vos me amais , ni yo os amo.

Marques.

(Con pasion.)

¡ Oh ! Sí , yo os amo... Yo diera
 mi fortuna porque vos
 admitiérais mis ofertas...
 Mil veces he pretendido
 borrar vuestra imágen bella
 de mi alma... ¡ es imposible !
 De dia entre mis tareas ,
 de noche en mis tristes sueños ,
 que os haya visto ó no os vea ,
 siempre vuestros ojos miro ,
 siempre vuestra mano bella...

(Quiere cogérsela.)

Elvira.

Marqués , ¡ apartad !

Marques.

¡Oh! ¡nunca!
Venga todo el mundo, venga,
y será para mi amor
su indignacion bien pequeña.

(Con entusiasmo.)

Mírame, Elvira...

Elvira.

¡Marqués,
así atropellais!...

Marques.

¡Oh! deja
que muera á tus piés el hombre
que todo en tu amor lo encierra.

(Se arrodilla.)

Elvira.

¡Mi casa hollais!... (Huyendo.)

Marques.

(Levantándose y siguiéndola.)

Elvira.

¡Salid... salid!... ¿Qué me importa?

Marques.

¡Loca idea!

Elvira.

¡Socorro!...

(En este momento aparece Lanuza por el foro izquierda.)

ESCENA IV.

DICHOS. LANUZA.

(En cuanto se presenta queda fijo en la puerta y observa con interés á Elvira y al Marqués. La primera baja los ojos y el segundo le mira con impasible altanería.)

Lanuza.

¡Oh cielos!... ¡Elvira!
¿qué es esto? ¡El Marqués con ella!...

Marques.

¿Qué buskais aquí?... (Con despecho.)

Elvira.

¡Dios mio!

Lanuza.

¡Dejad, Marqués, que yo sea (Bajando.)
quien os pregunte! ¿Qué haceis
en mi casa? — ¿No contesta
nadie aquí? — ¿Qué pasa, Elvira?
¿Por qué con voz lastimera
pediste socorro? — ¡Acaba!

Elvira.

Yo te pido que no creas (Temblando.)
nada... El Marqués me decia...
y un ruido...

Lanuza.

Elvira, no mientas:

- Marques.** ¿ese hombre pudo faltarte?...
 ¿Y con qué derecho intenta
 el que atrevido me insulta,
 tomar de mis actos cuenta?...
 ¿Desde qué tiempo el vasallo
 á su señor se nivela?...
 (*Con orgullo insolente.*)
- Lanuza.** ¡Desde el tiempo en que una espada
 pendiente del cinto lleva
 y en que la ley del honor
 el atrevido atropella!
- Elvira.** ¡Ah! ¡Juan, por piedad!
 (*Interponiéndose entre ellos.*)
- Lanuza.** ¡Aparta!
- Elvira.** ¡Marqués!...
- Marques.** ¡Dejadme!... ¡Fiereza
 mostrais!...
- Lanuza.** Y valor sobrado
 para probároslo.
- Marques.** Sea.
 (*Llevándose la mano á la espada.*)
- Elvira.** (*Se cubre el rostro con las manos.*) ¡Oh!...
- Lanuza.** ¡Bien, por Dios!... ¡que me place!
 (*Sacando la espada.*)
- Marques.** ¡Loco de mí!... Cuando sepa
 por qué os haceis defensor
 de quien no busca defensa.
- Lanuza.** Elvira es de mi familia.
 Mujer es, y tengo en ella
 á quien ha de ser mi esposa;
 y nadie á faltarla llega
 sin hallarse con la punta
 de esta que hoy el paso os cierra.
- Marques.** ¡Vos su esposo!... antes veremos
 si os dá mi poder licencia. (*Con rabia.*)
- Lanuza.** ¿Luego la amais? (*Idem.*)
- Elvira.** Juan... te juro...
 (*Temblando.*)
- Marques.** Sí, la amo; y de tal manera
 que antes caerá Zaragoza
 bajo mi cólera ciega,
 que tolerar vuestro sueño.

Lanuza. Lidíad y venced por ella.
Marques. Mozo... aprended á ser hombre,
 y cuando hagais mas carrera,
 frente á frente y cuerpo á cuerpo
 retad á quien os desprecia.
Lanuza. Hombre soy para mataros.
Marques. Adios, mancebo; y ten cuenta
 de que al Marqués de Almenara
 le hace falta tu cabeza.

*(Se va por el foro izquierda. Lanuza quiere seguirle
 y Elvira se interpone. El Marques le lanza una mi-
 rada desdeñosa y se retira.)*

ESCENA V.

LANUZA. ELVIRA.

Lanuza. ¡Ira de Dios!... *(Queriendo seguirle.)*
Elvira. ¡Juan, detente!
Lanuza. Deja que le cierre el paso,
 y el furor en que me abraso
 humille su altiva frente.
Elvira. ¡Ah! no por Dios...
Lanuza. ¿Qué pasó?...
 ¿Por qué socorro pedias?...
 á solas con él, ¿qué hacias?
(Envainando la espada.)
Elvira. De sus amores me habló,
 y yo, torpe por demas,
 sin causa alguna grité...
 Hice mal: perdóname.
Lanuza. ¡No, que aún temblando estás!
Elvira. Miré tu espada desnuda;
 vi su altanería osada,
 miré una lucha empezada
 y ningun hombre en tu ayuda.
Lanuza. Nunca la necesité,
 que para lances de honor,
 con el contrario mayor
 yo solo bastarme sé.
 Ya lo ves tú misma, Elvira;
 hombres hay que sin decoro

orgullosos con su oro,
 si una pasión les inspira,
 atropellan sin rubor
 cuanto á su antojo se opone.

Almenara que dispone
 del poder y del favor,
 á todo atreverse sabe
 en su insolente porfía,
 y este afán, Elvira mía,
 es forzoso que se acabe.
 Sola estás, tu edad temprana,
 y yo sin derecho estoy;
 Sea yo tu esposo hoy
 y venga el Marqués mañana.

Elvira. ¡Ah! Juan, tu padre hasta ahora
 se opuso á tu casamiento.

Lanuza. Dará su consentimiento
 si mis razones no ignora.

Elvira. Ese es, Juan, solo mi sueño,
 esa es mi sola alegría,
 ¡y seré feliz el día
 que pueda llamarte dueño!

Lanuza. ¿Qué diré yo, Elvira bella,
 que te amo desde la cuna?
 ¿Qué mas dichosa fortuna
 que estar contigo aún sin ella?
 Esto, mi Elvira, ha de ser,
 que ampararte me ha tocado,
 y está espuesto, abandonado,
 el honor de una mujer.

Elvira. No; yo te amo y ningún hombre
 podrá turbar tu reposo.

Lanuza. Mas yo no seré dichoso
 hasta que lleves mi nombre.

Elvira. ¡Alma noble y generosa,
 cuanto es mi amor!

Lanuza. ¿Mucho?...

Elvira. ¡Cuánto!...

Lanuza. Dá treguas á tu quebranto.
 Mañana has de ser mi esposa.

ESCENA VI.

DICHOS. — GIL DE MESA.

(Por el foro izquierda. Entra, saluda á Juan dándole la mano, y al ver á Elvira se estremece ligeramente.)

Gil. Juan... adios; adios, Elvira.
Lanuza. ¡ Ven, Gil, y goza un momento de mi dicha y mi contento... mi loca razon delira!... Tú que en el bien y en el mal, que tantas veces se aduna, en buena y mala fortuna fuiste mi amigo leal; no mas al pesar sujeto de verme vivir sin calma ignorarás de mi alma el venturoso secreto.

No ya como en otros días te ocultaré con tibieza la causa de mi tristeza que lo es de mis alegrías.

Gil... yo amaba con pasion, con locura, á una mujer, y ella me acaba de hacer dueño de su corazon.

Gil. Ella... (¡ Sospecha horrorosa!...)

Elvira. Ella te ama con locura.

Gil. ¿ Y quién es esa hermosura?...

Lanuza. ¡ Oh!... Gil... abraza á mi esposa.

Gil. (¡ Ah!...) Bien... (¡ qué es esto que siento!)

Lanuza. ¿ No te alegras?...

Gil. ¡ Sí, por Dios!...

Lanuza. Nos amábamos los dos.

¿ Qué tienes?...

Gil. Nada... el contento...

(Ay de mí!...) (Se apoya en un sillón.)

Lanuza. Yo de mi padre

apelaré á la clemencia, y hará feliz mi existencia

Elvira, aunque no le cuadre.

(Mientras Lanuza y Elvira hablan bajo, Gil dice lo siguiente con mucha intencion.)

Gil.

(Sal, amor desventurado,
de este pecho dolorido
con tanta fuerza nacido,
con tanta dicha guardado:
de aquí otro mortal te lanza,
de mi esperanza á despecho;
desde hoy solo hay en mi pecho
la tumba de mi esperanza.)

(Conteniendo su emocion.)

Juan, Elvira, solo os digo
que la ventura os anhelo, (A ambos.)
y sabe tan solo el cielo
si soy ó no soy tu amigo. (A Juan.)
Amor de un ángel cual vos,
y amor de un hombre como él,
si Dios mismo no es cruel
debe bendecirle Dios...

(Cambiando de voz.)

Ahora, Juan, deja un momento
esa pasion que te inspira,
y vé á acompañar á Elvira
hasta su mismo aposento.

Lanuza.

¿Tienes que hablarme?

Gil.

Al instante.

Urge el tiempo.

(Con precipitacion é interés.)

Elvira.

Aquí te queda.

Lanuza.

Que te acompañe, no veda
hoy el amigo al amante.

Elvira.

Adios, Gil de Mesa.

Gil.

¡Adios!

Elvira.

¡Triste está!...

Lanuza.

Su genio es.

¿Me amas?

Elvira.

Sí.

Lanuza.

Venga el Marqués
de tu amor mañana en pós.

(Se van por la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

GIL DE MESA.

(Los observa y se lleva la mano á la frente. Pausa: de pronto hace un movimiento nervioso como para desechár una idea que le atormenta y baja al proscenio.)

¡ No mas, corazón pequeño,
prestes á la envidia oído;
hace un rato que no has sido
de mi inteligencia dueño!
Él fué mas feliz que yo,
y yo la amaba también...
para él empieza el Edén
donde mi amor acabó.
Atrás, vil envidia, atrás;
muera desde hoy mi ventura,
huye: mi labio te jura
que en mi pecho no entrarás.
Yo como un loco la amaba
y callé con entereza... *(Con amargura.)*
¡ Hoy mi porvenir empieza
donde mi pasado acaba!...

ESCENA VIII.

GIL. — LANUZA.

(Por la puerta que se fué. Se acerca á Gil con interés.)

Lanuza. Héme aquí, Gil, y perdona
de un amante la impaciencia:
¿ qué me quieres?

Gil. ¿ Nadie escucha?

Lanuza. Nadie... ¿ Qué tienes?...

Gil. ¡ Prudencia!

(Todo lo que sigue, en voz baja pero reconcentrada y con energía.)

Lanuza, llegó el momento
de que cumplas tu promesa.

Aragon peligra hoy mismo ;
nuestros amigos esperan ,
y tú les juraste un dia
guiarlos á la pelea.

Del rey Felipe segundo
hay tropas en la frontera
y Almenara tiene órden
de ir á sitiarnos con ellas.

Preso se halla Antonio Perez
que huyó del régio anatema ,
y el triunfo de nuestra causa
tal vez de su mano penda.

El pueblo se agita y pide
de sus fueros la obediencia.

Todos nombran á Lanuza
y en su decision esperan.

Yo encargado de buscarte
he sido , que hable tu lengua ,
y decídase la suerte
de esta desgraciada tierra.

Lanuza.

Yo juré de los primeros
ampararla y defenderla :
noble soy , y nunca un noble
ha faltado á sus promesas ;
si su libertad peligra
sabré perecer por ella ;
pero aun creo que no es tiempo ,

(Con embarazo.)

y fuera inútil proeza
morir, sin lograr al menos
mudar su fortuna adversa...

(Empieza el rumor lejano.)

si el pueblo no toma parte. *(Sigue.)*

Gil.

El pueblo entero te espera.

Mira la plaza ; esa grande

(Le lleva á la ventana.)

multitud que la rodea *(Sigue.)*

tu nombre dice en voz baja ,

en t^u su esperanza puesta.

Almenara á su capricho

nos persigue y nos gobierna :

el gran Justicia , tu padre,

leyes dictar puede apenas,
siendo el único nombrado
por el pueblo para hacerlas. *(Crece.)*
(Murmullos y voces lejanas en la plaza.)

Mira, Almenara á caballo
ya la multitud dispersa,
y esos gritos que se escuchan
anuncian la oculta guerra.

(Sigue mas bajo.)

No de otro modo los mares
rugen en su seno apenas
para anunciar que cercana
estallará la tormenta.

(Silencio.)

Resuelve.

Lanuza.

Gil, si mi padre
es el Justicia, si ordena
que hoy á la guerra me apreste,
seré el primero en la guerra.
Soy aun muy jóven, muy niño
para guiar con mi diestra
á todo un pueblo; es escasa
aun tambien mi inteligencia...

(Gil le mira estupefacto, hasta que Lanuza se acerca á él y le dice casi al oído lo siguiente:)

y es mi amor á Elvira tanto
que temeria perderla.

Gil.

Juan, en quien honrado nace
no cabe tan torpe mengua.
Siendo yo dueño de Elvira
y amándola muy de veras,
entre la Patria y Elvira

(Murmullos lejanos.)

siempre á la Patria eligiera...

Lanuza.

Además...

Gil.

Juan de Lanuza,
¿esa es solo tu respuesta?... *(Siguen.)*

Por que si es esa tan solo
justo es que nadie la sepa,
que á mí mismo me daría *(Vivas lejanos.)*
para decirla, vergüenza.

(Voces lejanas: se asoma Lanuza.)

Lanuza. Gil, mi padre viene: quiero consultarle... Un hora espera, y llevarás á ese pueblo (*Siguen los vivos.*) ó mi brazo ó mi cabeza. (*Con convicción.*)

Gil. Así te conozco... Escucha...
(*Siguen desde aquí los murmullos, pero sin interrumpir la representación.*)

á tu padre victorean;
le acompañan... ¡Que su hijo no valga menos!... Ya llega.

ESCENA IX.

DICHOS. — DON MARTIN.

(*Por el foro izquierda, figurando hablar con los que le han acompañado.*)

D. Martin. Gracias, pueblo aragonés: ten confianza y espera. (*Baja.*)
Adios, Gil...

Gil. Adios, Justicia.
Queda adios. (*Se va por el foro izquierda.*)

Lanuza. Con él te aleja.

ESCENA X.

DON MARTIN. LANUZA.

Lanuza. ¿Padre y señor?...

D. Martin. ¡Hijo mio!...

Lanuza. ¿Por qué, señor, no das tregua
(*Con solicitud.*)

al trabajo?... Ya tus años calma y reposo desean.

¡Sudando la frente traes!...

¡la color mudada llevas!...

(*Le ofrece una silla en medio de la escena.*)

D. Martin. Cuando la Patria, hijo mio, nuestra firme ayuda impetra, ni los años nos disculpan ni las canas nos dispensan. (*Se sienta.*)

- Lanuza.** ¿ Luego es cierto , padre mio , lo que ha dicho Gil de Mesa ?...
¿ Luego la Patria peligra ?...
¿ luego el pueblo á la pelea se prepara ?... Adios... yo parto.
- D. Martin.** ¿ Dónde , Juan ?...
- Lanuza.** A mis banderas.
Hijo de Martin Lanuza ,
Juan de Lanuza le hereda ,
sino puede en sus virtudes herédele en la nobleza.
- D. Martin.** Aun no es tiempo. (*Deteniéndole.*)
- Lanuza.** El pueblo aguarda.
- D. Martin.** Aun no es tiempo. Tú no cuentas edad bastante.
- Lanuza.** Mi padre colocó esta espada mesma en mi cintura , y pues puedo llevarla pendiente de ella , será para darla brillo , que no para envilecerla.
- D. Martin.** ¡ Oh ! no , hijo mio. — Soy viejo , solo un yástago me queda y eres tú ; tu valor usa entonces cuando yo muera.
- Lanuza.** ¡ Padre !
- D. Martin.** No vayas... lo mando.
- Lanuza.** Siempre obedecerte es fuerza.
- D. Martin.** Aun no hay nada : si Almenara con torpe y liviana lengua osó amenazarme...
- Lanuza.** ¡ Cómo !...
- D. Martin.** Aun no efectuó su vileza.
- Lanuza.** ¡ Amenazaros !...
- D. Martin.** ¡ Y aquí , en mi casa !
- Lanuza.** ¿ Y lo tolera quien se llama vuestro hijo ?...
¡ no por Dios !... ¡ Hazaña llena de valor , es insultar á un anciano , á una doncella !...
¡ Sí , padre , tambien á Elvira

se atrevió su infame lengua a

¡La ama!

D. Martin.

¿Qué dice?

Lanuza.

La ama,
y aquí mismo, en mi presencia,
lo confesó. — ¡Miserable!

¡Oh, padre mio! licencia
me dad, y sabré vengaros.

D. Martin.

¡Como la ve sola y bella!

Lanuza.

Sola no, que á vos me llevo...
para deciros... (Con emoción.)

D. Martin.

Se altera (Levantándose.)
tu voz!

Lanuza.

Deciros... que la amo,
que ella es mi dicha suprema,
que también su amor me ha dado,
y que de vos solo espera
su ventura vuestro hijo. (Se arrodilla.)

D. Martin.

Alza, Juan, su alma es tan bella
como la tuya, y yo debo
haceros felices... Sea.

(Aparece Elvira en la puerta de la derecha.)

Lanuza.

¡Oh! ¡padre, padre!

D. Martin.

Eres joven,
(Se sienta otra vez.)

pero honrado. — Pobre es ella;
hazla feliz y dichosa,
y bien á mi casa venga.

(Elvira baja al proscenio y se coloca al otro lado del
sillon donde está sentado don Martin.)

ESCENA XI.

DICHOS. ELVIRA.

Elvira.

¡Ah!... Señor...

D. Martin.

¡Hijos del alma!

Los dos en mi hora postrera
consolareis al anciano
que os bendice y os estrecha
entre sus brazos. — ¡Elvira!
hija de un hombre que apenas

fué tu padre, halló su tumba
por la libertad; esfuerza
el valor del hijo mio
por su Patria; cuando ella
á defenderla le llame.

Lanuza.

¡Padre! (Se arrodilla.)

Elvira.

¡Señor! (Idem.)

D. Martin.

¡Mi voz tiembla!

(Don Martin se levanta y tiende sus manos hasta tocar las cabezas de ambos. Elvira está á su derecha y Juan á su izquierda.)

¡Señor, que en el alto cielo
sobre un trono te sustentas
que ni arrastran vendabales
ni hacen vacilar tormentas;
tú que en átomos conviertes
generaciones enteras;
tú que razas aniquilas;
tú que los siglos numeras;
tú, que en un grano de trigo
parte de tu ser empleas;
que á los soberbios abates,
que á los humildes elevas,
lanza un rayo de ventura
sobre estas dos existencias,
y en tí vivan, mientras vivan;
y en tí cuando mueran, mueran!
Alzad... (Empieza el rumor y crece.)

Lanuza.

Ya somos felices.

(Se levantan. Murmullos.)

D. Martin.

¡Qué rumor!...

Elvira.

¡Cielos! apenas

(Asomándose.)

se ve entre el tumulto á un hombre
que quiere entrar por la fuerza
en casa.

D. Martin.

¡Almenara! Elvira, (Asomándose.)

retírate. (A Elvira.)

Elvira.

No...

D. Martin.

Ya entra. (A Lanuza.)

Idos, hijo.

Lanuza.

No es posible:

Elvira. ¡yo le aguardo!
Y bien, que venga.
(Se coloca al lado de Lanuza.)

ESCENA XII.

DICHOS. — EL MARQUÉS DE ALMENARA.

(Agitado y con cólera reconcentrada.)

Marques. Gran Justicia, vuestro sitio
(Siguen los murmullos apagados.)

no es este. ¿Por qué se altera
la paz hoy en Zaragoza?
¿por qué está la plaza llena
del populacho, en lugar
de ocuparse en sus faenas?...
En nombre de vuestro rey

os pido ahora mismo cuenta. (Murmullos.)

D. Martin. ¡Marqués!... El pueblo se agita
porque ve la traicion vuestra;
porque dicen que rasgando
los tratados, varias fuerzas
penetran en Aragon;
porque el rey juró en mi diestra
respetar nuestros derechos;
porque hoy á ellos se atenta;
porque teniendo aquí jueces
que el pueblo nombra y respeta,
vos juzgais, y yo no mando;
vos mandais y el pueblo tiembla.

(Murmullos.)

Marques. Lanuza, salid, y al punto
dispersad á quien vocea.

D. Martin. El pueblo manda, y yo callo.

Marques. Ved que apelaré á la fuerza.

D. Martin. Hacedlo, y no me pidais
que yo salga y que los prenda.

Marques. El rey me manda que el pueblo
á sus hogares se vuelva.

D. Martin. El pueblo no vuelve á ellos,
mientras que perderlos tema.

- Marques.** Justicia, dáos á prision, (Con cólera.)
- Lanuza.** Basta, Marqués! sin mas treguas
salid de mi casa; no
con un anciano se prueba
el valor; yo soy mas jóven.
Hablemos.
- D. Martin.** Hijo. (Conteniéndole.)
- Lanuza.** No temas.
- Elvira.** Marqués... yo os ruego.
- Lanuza.** ¡Silencio!
- Nunca ¡con razon, se ruega.
- D. Martin.** Basta, despejad. (Con enteresa.)
- Lanuza.** Yo, padre.
- D. Martin.** Yo lo mando. En esa pieza
os entrad, que yo aquí á solas
hablaré al Marqués.
- Lanuza.** Apenas
habeis venido...
- D. Martin.** ¡Silencio!
- Yo sabré dar la respuesta;
y perdonad á mi hijo (Al Marqués.)
y á su esposa si ahora os dejan...
(Con intencion.)
- Marques.** ¡Cómo! ¡Su esposa!
- D. Martin.** Su esposa.
- Marqués.** ¡Maldicion!
- Lanuza.** Tened la lengua
con mi padre...
- Marques.** Vive el cielo!
- Lanuza.** ¡Marqués!... (Con rabia y fuera de sí.)
- D. Martin.** ¡Adentro!
- Lanuza.** ¡Oh vergüenza!
- (Se entran Elvira y Lanuza por la puerta de la derecha. Sigue el rumor, pero sin interrumpir la escena.)
- ESCENA XIII.**
- EL MARQUÉS. DON MARTIN. (Pausa.)**
- D. Martin.** Débil soy, Marqués, y viejo
(Con dignidad.)
y moverme puedo apenas.

pero hoy os juro de nuevo
que mientras no verne pueda
libre ha de ser Aragón.

Marques. Vos lo habeis querido, sease
Las tropas del rey Felipe
mañana á la tarde llegan,
y os juro que en Zaragoza
á ver vuestra muerte entraron.

D. Martin. ¡Almenara!... ¡es increíble!
lo que estoy viendo, y me pesa!
¿Nada á la razon os vuelve?...

Marques. No hay más razón que la guerra:
guerra á muerte entre nosotros.

D. Martin. Yo no rehuyo la guerra.
¡Mas reparad cuánta sangre

(*Con sentimiento.*)

va á verter la infamia vuestra!

¡Cuántas madres sin sus hijos
llorarán en la indigencia!...

¡Cuántos hijos sin sus padres
gemitán en la miseria!...

¡Oh! ¡Almenara, antes de dar

un paso que así nos cuesta,
ved de quién es la justicia,

que si muero en la pelea,

sabrá vengarme mi hijo!...

Marques. ¡Vuestro hijo! ¡Oh! que no crea
que le olvido: él y su esposa,
como habeis dicho...

D. Martin. Que os ciega

vuestro amor á Elvira veo.

Marques. ¡Sí, la amo, y ved que se acerca!

(*Empiezan los murmullos.*)

el momento en que yo logre
en mi poder poseerla!

D. Martin. Marqués, por última vez...

(*Murmillos crecientes.*)

Marques. Basta, Lanuza.— Ya empieza
otra vez á hervir el pueblo:

poneos á su cabeza,

que yo al frente de mis tropas

lograré segar la vuestra.

D. Martin. Guerra, pues, y Dios que es justo
sobre vuestra frente vierta

(Sacando la espada.)

la sangre que se derrame
y la maldición eterna.

Marques.

¡Dónde vais!...

D. Martin.

Paso, Almenara,
voy á vencerte en la guerra.

Marques.

Lanuza, tu espada quiero.

(Queriendo arrebatársela.)

ESCENA XIV.

DICHOS. — LANUZA.

(Aparece de pronto en la puerta de la derecha, coge á su padre del brazo, se interpone entre él y Almenara, y le dice á éste con voz de trueno sacando la espada:)

Lanuza. ¡Almenara, ven por ella!

D. Martin. ¡Hijo!...

Lanuza.

¡Padre!... á la victoria.

(Sigue el rumor.)

Sal primero, y noble sea (Al Marqués.)
nuestra lucha.

Marques.

¡Lucha horrible!...

(Vase por el foro.)

Lanuza. (Asomándose á la ventana y gritando hácia
la plaza.)

¡Aragon... á la pelea!...

(Todos repiten «á la pelea» á lo lejos.)

(Los gritos del pueblo crecen. Elvira aparece por la
puerta de la derecha y baja á la escena fuera de sí,
busca por todas partes á Lanuza y se pára en me-
dio del teatro.)

ESCENA XV.

ELVIRA.

¡Oh!... ¡No están, y Juan se ha ido!...

¡Ay de mí!... si... centellean

(A la ventana)

las armas, y él entre todos

con las suyas los esfuerza.

Vuelve, vuelve... que me matas,

que me asesina tu ausencia!

¿qué será de mí si mueres?!

¡Oh! Señor!... ¡Si yo pudiera!...

¡Desventurada!... ¿Qué he hecho?...

¡Por qué Lanuza me deja!...

¡Oh!... Yo iré á buscarle en medio

del furor de la pelea

¡si de otra cosa no sirvo,

sea su escudo aunque muera!

(Elvira se dirige á la puerta del fondo á tiempo que entra Gil de Mesa y la detiene.)

ESCENA XVI

DICHA. GIL DE MESA.

Gil. ¿Dónde vais?

(Empiezan otra vez los murmullos lejanos.)

Elvira. ¡Dejadme ya!

Gil. ¡Oh! no saldréis.

Elvira. ¡Desdichada!...

Gil. ¿Y Juan?...

Elvira. ¡Vos no sabéis nada!

Gil. Vine á buscarle.

Elvira. No está.

Sin recordar mi pasión

huyó el ingrato, el cruel, (Siguen.)

y su padre va con él.

Gil. ¡Oh!... ¡Patria, esta es la ocasión!

Elvira. ¡Ah! corred, volad, traedle

á mis brazos.

Gil. (A sus brazos!)

Elvira. Y no romperá los lazos

que nos han unido. — Vedle.

Gil. Cuando la Patria le llama

es su deber sucumbir.

Elvira. ¿Y me ha de dejar morir?...

¡ No soy yo la que le ama.
 ¡ Qué me da la Patria á mí?
 ¡ Si muere y yo heví me afresa,
 me dará la Patria acaso. (Siguen.)
 el amante que perdí. (Crece.)
 Gil. ¡ Oh! ¡ Cielos! ¡ la turba crece.
 El pueblo se ha reunido
 y ¡ Cielos!... ¡ que ha sucedido
 una desgracia parecida. (Gran tumulto.)
 ¡ Ah!... ¡ retiraos!
 Elvira. ¿ Qué pasa?...
 (Quiere asomarse y Gil se lo impide.)
 Gil. Entrad.
 Elvira. No tal. (Siguen.)
 Gil. ¿ Cómo hacer...
 Ved que á veces sin querer...
 Voces. (Dentro.) Esta es su casa. — ¡ A su casa!...
 Elvira. ¡ Qué escucho!... ¡ Dios soberano!
 Es Juan sin duda: ¡ Dejadme!
 Gil. Perdonad.
 Elvira. Esto es matarme.
 (Aparecen en la puerta del fondo varios hombres que traen á don Martin herido y lo colocan en medio de la escena en un sillón. Elvira dá un grito creyendo que es su amante, corre á él, ve á don Martin, y entre la alegría de ver que no es Lanuza y el pesar de ver herido á don Martin, dice la frase «pobre anciano» de modo que se deje conocer esta lucha.)

ESCENA XVII.

DICHOS. DON MARTIN, herido. Gente del pueblo, por el foro izquierda.

Elvira. ¡ Oh! ¡ Cielos! ¡ Ah!... ¡ pobre anciano!
 Gil. ¡ Qué es eso!...
 Uno. Apenas la brida del caballo coger quiso cuando al punto de imprevisto, le causaron esa herida.
 D. Martin. ¡ Ay de mí! (Volvendo en sí.)
 Elvira. ¡ Alienta, señor...

D. Martin. Ya ves como traen a mi hijo...

Buscad... buscad a mi hijo...

Lanuzza. ¡Padre!... (Entrando por el foro y con un grito desgarrador.)

D. Martin. ¡Hijo mío!... ¡Vélete!

ESCENA XVIII

DICHOS: LANUZZA. (Pausa. De repente Lanuzza dice:)

Lanuzza. ¡Quién fué el villano!

D. Martin. Después... después...

... poca vida tengo ya...

Lanuzza. ¡Cielos!

D. Martin. ¡Importa quizá...

la brevedad... a mis pies!

(Se arrodillan Lanuzza y Elvira.)

Gil. ¡Oh dolor!

(Con los brazos cruzados armonizando el cuadro.)

Elvira. ¡Grude destino!

Lanuzza. ¡Padre!

D. Martin. La Patria es primero,

(Hablando con dificultad.)

é importa mucho si muero

que tú alumbres su camino.

Yo muero, y en tí lo espero.

tú heredas puro mi nombre.

desde ahora mismo eres hombre

y de Aragón el primero.

Yo era Justicia Mayor;

tú desde hoy á serlo vas;

no seas esclavo jamás;

ilesa guarda mi honor.

En esa espada mellada

(La coge de las manos de un hombre del pueblo que la trae desembainada y se la dá á Lanuzza. Este la besa.)

en los golpes de la guerra,

tu herencia mejor se encierra.

Juan, yo te dejo mi espada... (1)

(1) Todo este parlamento dicho en la agonía es inútil aco-

Por tí, mi Patria, viví;...
 por tí fallecer logré;
 ¡tú sabes cuánto te amé!
 otro Lanuza hay aquí.
 Adios... mi muerte llorad,
 mas no la vengueis sin lucha,
 (Levantándose con el estertor y apoyándose en su hijo y Elvira.)

¡hijo mío!... ¡Pueblo! escucha!
 ¡¡ Aragón y Libertad !!
 (Muere dando ese último grito. Pausa.)

Lanuza. ¡Justo Dios!...

Elvira. ¡Cielos!... ¡Murió!... (Pausa.)

Gil. Valor, Lanuza... ¡esperanza!

Lanuza. ¡Oh! ¡Padre mío!... Venganza
 juro ante tu tumba yo.

(Tira su espada y coge la de su padre.)

¡Adios, Elvira!...

Elvira. ¡Ay de mí!...

(Levantándose con un ay desgarrador.)

¿Y me dejas?...

Lanuza. ¡Ya lo ves!

(Llorando con ella. Despues dice con una transicion violenta:)

Noble pueblo Aragonés,
 nuestro sitio no es aquí.

¡Mi padre ha sido el primero
 que sucumbió en la contienda,

hagamos igual ofrenda
 sobre la cruz de su acero!

Y tú ¡oh Dios! dame tu ayuda,
 al pueblo en la guerra guia,

al pueblo que en tí confia
 y que es tu imagen sin duda.

(Todos los del pueblo desembainan las espadas.)

¡Acuérdate del profundo
 valor que infunde tu nombre,

tú que fuiste mártir y hombre

tarle. El distinguido actor don José Calvo, logró arrebatarse en él al público. Para el actor que no pueda crear lo que no puede explicarse serian infructuosas todas las advertencias.

por la libertad del mundo!

Perdona si en grito fiel
te pido con ansiedad...

¡Aragon y Libertad!

(Con la espada desnuda y con grande entusiasmo.)
Elvira. (Con un grito desgarrador y cayendo des-
pues anonadada de rodillas y con las manos eleva-
das al cielo.)

¡¡ Y la vida para él !!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

Acto segundo.

El teatro representa una casa pobre de los alrededores de Zaragoza. Taburetes de madera. Una puerta grande en el fondo. Dos laterales á la izquierda del actor y una en la primera caja de la derecha. — En segundo término, en el mismo lado, un balcon practicable. A la izquierda del actor en primer término una mesa de nogal con tintero y papel. La accion empieza á la caida de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA. SOL.

(La primera sentada al lado de la mesa, la segunda de pié á su lado.)

Sol. Aun á lo lejos se escucha
el estruendo del combate,
y estamos abandonadas
hace cuatro horas mortales.

Elvira. Tal vez en este momento
vuestro hermano herido yace,
y el valeroso Lanuza
no volverá á estos umbrales.

Sol. No así dudeis, doña Elvira.

Elvira. ¡Por qué me hicisteis amarle,
eterno Dios, de este modo, *(Se levanta.)*
si perderle era tan fácil!

Sol. ¡Ah! Sosegaos, señora;
no será tan implacable
el destino, ni es creible

Elvira. que Dios nos escuchó en balcón.
 ¡Cara Patria! ¡Cara Patria!
 ¡Casi siempre ingrata madre!
 ¡Mucho vales, según dicen,
 pero tuestas más que vales!

Sol. (Suenan un clarín.)
 ¿No oísteis? (A somándose al balcon.)

Elvira. ¡Oh! Si noticia
 de mi Lanuza me traes,
 (Empieza el rumpón lejano.)

Sol. dame fuerzas para oírla,
 ó si es desdichada, mátame.
 (Láidos al balcon.)
 Venid, venid. Ya se agolpa
 la multitud en la calle,
 y en ademanes de júbilo
 los crudos aceros blanden!
 (Vocés dentro.)

Elvira. ¡Ah! ¡Gracias! Ved á mi hermano
 cuál se adelanta al proscenio.
 (Baja al proscenio.) ¡No acabe
 vuestra lengua, desdichada,
 que con él no viene nadie!
 Y á vivir Lanuza, él fuerá
 quien aquí le acompañase.
 (Vivas lejanos.)

Dentro. ¡Viva Lanuza!

Elvira. (Vuelve al balcon.) ¡Oh! Dios mío!
 ¡Eh! ¡Eh! ¡Eh! Fuerzas dame,
 que si la alegría mata,
 puede la míla matarme!...

ESCENA II

DICHAS. GIL, por el foro izquierda cuando se marque.

(Trae el traje en bastante desorden lo mismo que cuantos entran despues con Lanuza.)

Dentro. ¡Viva Lanuza! (Vivas mas cerca.)

Sol. ¡Gil entra!..

(Mirando por el balcon, y cerrándole en seguida baja.
 Se abre la puerta y aparece Gil.)

- Gil.** ¡Hermiana!
- Sol.** ¡Gil! (Se abrazan.)
- Gil.** (A Elvira.) ¡Dios os guarde!
- Sol.** ¿Vencisteis?
- Gil.** Venció Lanuza.
- Elvira.** ¡Corred!... ¡traedle... que le hable... que le vea!
- Gil.** (¡Y para mí ni una palabra!) Es en balde. La multitud que le cerca, el pueblo que en el combate le ha visto buscar cien veces la muerte valiente y grande, entre vítores y aplausos hiende en júbilo los aires.
(Vivas y rumor.)
- Elvira.** ¿Y vos?
- Gil.** Yo he buscado en vano una espada en el combate que dando fin á mis días diera fin á mis pesares. Mas la muerte y la fortuna
(Siguen los vivos.) son hermanas tan iguales que llegan á quien las teme y de quien las busca parten.
(Crecen los vivos. Se abren las puertas del foro y aparece Lanuza victoreado por el pueblo. Elvira se lanza á recibirle y le tiende los brazos. Entran todos.)

ESCENA III.

DICHOS. — LANUZA. — PUEBLO. (Por el foro.)

- Dentro.** ¡Viva! ¡Viva!...
- Elvira.** ¡Juan!
- Lanuza.** ¡Elvira!
- (Se abrazan. Pausa.)
- ¡Por qué no vives! ¡oh padre!
- (Mirando al cielo.)
- ¡yo te entregára tu espada tan victoriosa como antes,

y por mi justa venganza
llena de enemiga sangre!

(Baja al proscenio.)

¡Elvira, mi Elvira bella!

¡Cuántas veces al lanzarme
sobre la contraria bueste
me daba aliento tu imagen!

Elvira. ¡Cuánto he sufrido!... Pero ahora

soy mas dichosa que nadie...

¡que solo al perder un bien
se comprende lo que vale!

Lanuza. ¡Gil de Mesa es un valiente!

¡Ven, amigo mio!... ¡abrázale,

Elvira! que él de la muerte

dos veces llegó á librarme!

Gil. ¡Yo!

Lanuza. Sin él, tal vez, *Elvira,*

muerto hubiera en el combate!

Elvira. ¡Ah! ¡Abrazadme, Gil de Mesa!

Gil. (La abraza)

(¡Oh, tormento inesplicable!

Sol. (Aparte á Gil.)

¡Ah! ¡qué tienes!... ¡palideces!...

Gil. No, *Sol.* ¡Cielos, amparadme

que no vea sus caricias!)

Lanuza. (Al pueblo.) Aragoneses, no en balde

el grito de Libertad

en Zaragoza lanzásteis.

¡Yo os conduje á la pelea;

yo os conduciré mas tarde!

Que cuando es santa la causa

y todo un pueblo se bate,

si son los que vencen, héroes,

son los que sucumben, mártires,

Gil. ¡Viva Lanuza!

Todos. ¡Viva!

Lanuza. ¡Oh! ¡Cuál el corazón saltarse quiere

de júbilo y contento!

A la voz de ese pueblo generoso

hervir mi sangre de entusiasmo siento.

¡Oh, *Elvira!*... ¡*Elvira mia!*

¿Quieres saber lo que ese pueblo noble

supo hacer en la lucha.
 ¡ Lo que hice yo también!... Elvira, escucha.
 No bien de Libertad el grito santo
 dió mi trémula voz, cuando iracundo
 del estermínio y de la guerra el tanto
 se escuchó en las entrañas del profundo;
 ¡ grito desgarrador que dió espanto
 no tan solo á Aragón, á España, al mundo!...

(Durante todo este parlamento, el pueblo toma parte con sus murmullos con sus señales de asentimiento y su entusiasmo.)

¡ grito que entre los montes se perdía
 y un monte y otro monte repetía!
 El pueblo que audia se agrupaba,
 y formaba una voz, un arma, un eco...
 Voz que si de sus pechos se exhalaba,
 lanzando un trueno destemplado y seco
 súbito se aumentaba, y se aumentaba
 horrible, atrenador, rugiente, hacedo,
 ¡ cuando de pronto con horribles galas
 la negra tempestad abrió sus alas!
 Como el fiero torrente comprimido
 por la montaña que su curso cierra,
 que arrolla la montaña embrovecido,
 y sórbesese los campos y la tierra,
 así el terrible pueblo enfurecido
 al santo grito de la justa guerra,
 estiende sobre el campo sus pendones
 y arrolla los contrarios escuadrones.
 Las huestes de Almenara se replegan;
 el pueblo cae encima desbordado;
 á las armas mortíferas se llegan
 que estorbo son al valeroso soldado:
 mueren muchos quisás, los mas se entregan,
 ¡ y enardecido el pueblo y obcecado,
 riega con sangre de su misma herida
 los campos que le dan sustento y vida!...
 El ¡ ay! del magribundo, que se aleja
 de la que el ser le dió y hoy por él llora,
 del herido infeliz la amarga queja,
 la voz del vencedor devastadora,
 el relincho del bruto que allí deja

la mano de su dueño : la que implora ,
 tímida voz ; la que en furor funesta
 con el hierro homicida le contesta...
 La sangre brota del herido pecho,
 el miedoso terror desaparece:
 valiente es el cobarde á su despecho
 y la tormenta por instantes crece.
 Todo arrollado es , todo deshecho ,
 y esta atroz confusion solo parece
 un grito de terror y de agonía
 que al mismo Dios el universo envía. (1)
 Yo entre tanto me lanzo á la pelea:
 vése siempre mi vida amenazada ,
 mi mirada sangrienta centellea,
 rayos despide mi tajante espada:
 la clin de mi caballo el viento orea ,
 y al pronunciar con voz entrecortada
libertad y Aragón en ronco hueco,
libertad y Aragon repite el eco.
 Corro , hiero , combato , el triunfo es mio ;
 huye la hueste de Almenara impía:
 con mi voz y mi aliento al pueblo guio ,
 y con el triunfo la victoria es mia.
 Pienso , mi Elvira , en tí , y en Dios confio ;
 depongo ante tu amor mi saña impía ;
 llego , recuerdo tus amantes lazos...
 y muero de placer entre tus brazos.
Elvira. ¡ Oh ! ¡ mi Lanuza ! ¡ Venturoso el pueblo
 que por tal campeón se ve guiado ,
 y mil veces feliz la que en tu historia
 pueda ceñir tu frente,
 con el laurel de inmarcesible gloria !
 Descansa , mi Lanuza ,
 que tal vez el tirano en su despecho
 vuelva á robar del pueblo la esperanza ,
 á la sangrienta voz de la venganza.

(1) El autor autoriza desde luego á los actores de provincia á suprimir algunas octavas de este parlamento, que reunen á su dificultad, lo fatigoso de la entonacion. No todos podrán decir estas octavas como Manuel Ossorio, logrando que la última no desmerezca de la primera, y haciéndose aplaudir con justo entusiasmo.

Y vosotros tambien cobrad aliento ;
que es muy grato despues del vencimiento
llevar á la mujer que en vos pensaba ,
la palma de la gloria y del contento.

Lanuza. (*A Gil.*) Corre , mi amigo , y cuida
de que vigilen la estendida vega ;
reparte exploradores ,
y á la menor señal de nueva lucha ,
ven y llama al instante (*Aparte á Gil.*)
al que quiere un momento ser amante.

Gil. Descansa en mí , y en su cariño goza ,
que yo vigilaré... (y hallaré al cabo
la muerte antes de entrar en Zaragoza.)

Sol. ¿ Y te vas otra vez ? (*Aparte á Gil.*)

Gil. (*Aparte á Sol.*) Espera , hermana ;
y si llorastes en la ausencia mia
y pensaste en mi muerte con espanto ,
no enjugues de tus párpados el llanto.

Sol. ¿ Qué me quieres decir ?...

Gil. Adios , hermana.

(¡ Que no vea yo el sol de la mañana !...)

(*Gil hace una seña al pueblo y sale con él. Sol entra
en la puerta de la izquierda. Va anocheciendo. An-
tes de salir, Gil dirige una mirada á Elvira y á La-
nuza y se oculta el rostro con las manos.*)

ESCENA IV.

LANUZA. ELVIRA. (*Se sientan, el primero en un sillón
alto y la segunda en un taburete bajo.*)

Lanuza. Al fin puedo contemplarte
despues de tantos enojos ,
y amor eterno jurarte
y embebecido en mirarte
beber la dicha en tus ojos.

Elvira. ¡ Oh ! ¡ Cuánto mi miedo fué !...
¡ Cuánto al mundo aborrecí !...
¡ Cuánto á la Vega miré
y cuánto... cuánto lloré
pensando mi amor en tí !
A ese balcon asomada ,

testigo de mi quebranto,
 y fija en Dios mi mirada,
 en tí tan solo pensaba,
 por tí vertía mi llanto.
 Que cada bélico acento
 que el viento al balcon traía,
 recogía mi lamento...
 lamento que se perdía
 entre las alas del viento.

Lanuza.

Yo también, Elvira bella,
 dí á los vientos mi querella
 que se perdió en la espesura,
 llevándose mi ventura
 y mi esperanza con ella.
 ¡ Y al pensar en combatir,
 y aun confiando vencer
 de mi pueblo el porvenir,
 tuve miedo de morir
 y de no volverte á ver!

Elvira.

Lanuza.

¿ Tanto me amas?...
 ¿ Cómo no,
 si tan bella te formó
 la naturaleza avara,
 que el amor puso en tu cara
 y estoy mirándote yo!...
 ¿ Cómo, si sin darme agravios,
 ni celos locos é impíos,
 siguiendo antiguos sus resabios,
 el amor duerme en tus labios
 y le despiertan los míos!
 ¡ Cómo no amarte de hinojos!...
 ¡ Cómo verte con enojos!...
 ¡ Cómo he de mirarte en calma,
 si para encender mi alma
 se asoma el alma á tus ojos!...
 ¡ Nunca los encuentro fríos!...
 Siempre lanzan sus destellos,
 y pues que son tan impíos,
 dime al fin que serán míos...
 ó márame al fin con ellos.
 Tu padre mismo esta unión
 sanciona desde la altura

Elvira.

y nos dá su bendición;
la Iglesia la hará tan pura
como lo es tu corazón.
Termina en el nuevo día
de dar al pueblo que llora
la libertad que hoy ansía;
que si bien su voz te implora,
también te implora la mía.

Lanuza.

Sí, Elvira, corto será
plazo que pena te dé;
mañana mismo quizá
el pueblo libre será...
pero yo esclavo seré.

Ahora, adios. *(Se levantan.)*

Elvira.

¡Oh!... ¡Ya te alejas!...

Lanuza.

Es fuerza hacerlo, mi Elvira.

Elvira.

¿Y qué es lo que aquí me dejas?...

Lanuza.

Las enamoradas quejas
que tu belleza me inspira.
Voy al campo á recorrer;
la noche abanza enlutada,
y es preciso precaver
una traidora emboscada.

Elvira.

Que no tardes en volver.

Lanuza.

Vendré de tu amor en pós...

Elvira.

Dios nos proteja á los dos...

Lanuza.

Ve que mi alma queda herida.

Elvira.

Ve que te llevas mi vida.

Lanuza.

¡Alma mía!... ¡Adios!...

(Vase por el foro.)

Elvira.

¡Adios!

(Elvira le acompaña hasta la puerta del foro, que cierra, despues de despedirle; se asoma al balcon, y mientras sale Sol con una bugia, la coloca en la mesa y se retira cerrando la puerta. Elvira cierra el balcon y baja al proscenio.)

ESCENA V.

ELVIRA.

Él alumbra tu camino.

¡ Él realice mi esperanza !...
 ¡ Nadie se escucha en el campo !...
 ¡ fría está la noche y pálida !...
 No sé que presentimiento
 se apodera de mi alma,
 que mi razon desfallece
 y el miedo mi vista embarga.
 ¡ Qué silencio !... Sol sin duda
 con Gil de Mesa se halla,
 y fuera crueldad en mí
 ir de su hermano á apartarla.
 ¡ Valor !... un temor pueril
 para aturdirme no basta...
 ¡ Qué ruido !... Sin duda el viento
 es que azota la ventana.
 Cerrémosla bien, no sea
 que apaguen la luz sus ráfagas.

(Va á cerrarla bien. Se abre la puerta del foro y aparece el Marqués embozado. Entra; cierra la puerta de la derecha y la del foro con las llaves, y al volverse Elvira se encuentra con él y dá un grito.)

ESCENA VI.

DICHA. EL MARQUÉS. *(Embozado, por el foro.)*

Elvira. ¡ Ah !

Marques. ¡ Silencio ! *(Desembozándose.)*

Elvira. ¡ Dios piadoso !

(Con horror y huyendo.)

Marques. ¡ El Marqués !... ¡ Socorro !
(Cogiéndola la mano.) Basta ;
 ni una palabra, ni un grito,
 ó aquí vuestra vida acaba.

Elvira. ¿ Qué quereis ?

Marques. ¿ Qué es lo que quiero ?

Qué, ¿ no os lo dice mi rabia ?

¿ No adivináis en mi rostro

lo que por mi mente pasa ?

Elvira. ¡ Favor ! ¡ Perdon !

Marques. *(Con rabia reconcentrada.)*

¡ O creían
 que vencido en la batalla

iba á ocultar mi despecho
de la tierra en las entrañas!...
¡No, por Dios! Puede vencerse
al leon y su arrogancia;
pero nunca á la serpiente
que en la oscuridad se arrastra,
y elige en su astucia el punto
donde herir, sin perder nada.

(Con feroz complacencia.)

Elvira. ¡Oh! ¡Dios mio!... ¿Y qué os ha hecho
esta mujer desdichada
para elegirla por víctima
de vuestra furiosa saña?

Marques. ¿Qué me habeis hecho? Yo os amo;
ya os lo he dicho en vuestra casa,
á la faz del claro dia,
en la calle y en la plaza.
Mejor decíroslo puedo
en esta ignorada estancia,
donde los héroes del dia
en la indolencia descansan.
¿Qué quiero?... ¡loca pregunta!
lo que yo quiero es venganza,
sí, venganza de Lanuza,
resto aislado de su raza,
que en vuestro amor me ha vencido,
que me venció con las armas,
y á quien yo vencer intento
con la astucia y con la calma.

Elvira.

Marques.

Elvira.

¡Ah! ¡no es posible!
¡Silencio!
Vos no hareis tan torpe hazaña.
Noble sois, y si á Lanuza
odiais por vuestra desgracia,
cuerpo á cuerpo y frente á frente
los nobles instintos hablan.
Vos no manchareis el nombre
que vuestro padre os legára,
con una accion tan indigna
de aquel que quiere á una dama.
¿Tengo yo la culpa acaso
de amar á Lanuza?

Marques.

Basta.

Yo supe por mis espías
adónde su Elvira estaba.
Yo le vi entrar victorioso,
le vi salir de esta casa,
y no habré espuesto mi vida
para que me venzan lágrimas.
Venid.

(*Tratando de llevarla por la fuerza.*)

Elvira.

¡Jamás!

Marques.

Os lo juro.

O mis pasos sin tardanza
seguís, ó sois ahora mía
y os inmolo á mi venganza.

Elvira.

(*Desasiéndose de él.*)

¡Y bien, herid! Si mi vida
la honra de Lanuza salva,
si con mi muerte tan solo
cumplís hoy vuestra venganza,
herid, Marqués, yo os lo ruego:
pura nací, y pura caiga
al golpe de vuestro acero.

Marques.

No vuestra muerte me basta;
yo quiero vuestra vergüenza,
humillar vuestra arrogancia,
saciar mis amantes celos,
emponzoñar vida y alma
á Lanuza, y á esto vine,
y esto logro.

Elvira.

¡Atrás!

Marques.

Cerradas

están las puertas.

Elvira.

¡Oh! ¡Virgen,

Madre de Dios pura y casta,
socórreme! (*Con desesperacion.*)

Marques.

Ven, Elvira.

Elvira.

¡Matadme!

Marques.

Ven.

Elvira.

¡Nunca!

Marques.

Calla.

Elvira.

(*Con voz ahogada.*)

Infame... infame... Socorro.

Dentro. ¡Abrid!... ¡abrid!
 Elvira. ¡Cielo!
 Marques. ¡Oh rabia!
 Venid...

Dentro. Rompamos la puerta.
 Elvira. ¡Dios es justo! (Con alegría.)
 Marques. ¡Al cielo llama!
 (Saca el puñal para hierirla y luego se detiene.)

(¡Ah! ¡qué idea!) Si á quien entre
 dices solo una palabra,
 una frase, un ¡ay! tan solo,
 diez hombres que abajo aguardan,
 apenas entre Lanuza,
 muere de diez puñaladas.

Elvira. ¡Ah! (De un modo desgarrador.)

Marques. Silencio, Elvira, ó juro
 que he de cumplir mi amenaza.

(Sale por el balcon. Elvira abre la puerta de la iz-
 quierda rápidamente y la del foro, y despues que-
 da aterrorizada y con el rostro desencajado.)

ESCENA VII.

DICHA. GIL, por el foro. SOL, por la izquierda.

Gil. ¿Qué es eso, Elvira?

Elvira. (¡Dios mio!)

Sol. ¿Qué teneis?

Gil. ¿Qué ocurre?

Elvira. Nada...

Gil. ¡Oh! yo veré...

Elvira. (Con terror.) ¡No salgais!

Gil. Estais temblando.

Sol. ¿Qué pasa?

Elvira. No temais... fué solo... (¡Cielos!)

Gil. ¡Me asustan vuestras miradas!...

¡De un hombre la voz he oido!...

Elvira. ¡Oh! no tal...

Gil. ¿Por qué cerrada
 estaba la puerta, y vos
 por qué no abristeis?...

Elvira.

Es vana
vuestra venida... yo os juro...

Sol.

¿Por qué temblais?

Elvira.

Sola estaba,
y quedé rendida al sueño:
de pronto... (¡oh Dios!) una vaga
quimera... una pesadilla
mi loca razón embarga
y gritos doy sin motivo;
despierto sobresaltada,
y en la realidad creyendo...
(¡realidad horrible!...) llama
mi voz y desfallecida
quedo de lucha tan larga.

Gil.

¡Oh! ¡no es posible, no, Elvira!...
la voz y el aliento os faltan,
y vuestros hermosos ojos
preñados están de lágrimas.

Elvira.

Fué solo lo que os he dicho...
¡Lanuza!... (Con lágrimas y sollozos.)

Gil.

Lejos no se halla.
Sin duda alguna quereis
que le busquen.

Elvira.

(Horrorizada.) ¡Virgen Santa!...
¡No, que no venga!

Gil.

¿Por qué?
Yo no os comprendo.

Sol.

A mi estancia
venid...

Elvira.

Dejad que descanse,
porque las fuerzas me faltan. (Se sienta.)

Gil.

Señora, por cuanto santo
para vos sagrado haya,
por el amor de Lanuza,
por mi... amistad, por mi hermana,
decidme lo que ha pasado.
Yo os juro que una palabra
no saldrá del labio mío.

Elvira.

Pues oid... (Se levanta.)

¡Oh! ¡no!
(Retrocediendo espantada.)

Sol.

¿Qué os pasa?

Gil.

Basta, Elvira; pues que vos no quereis decirme nada, yo lo sabré... y os prometo...

Elvira.

Es vano...

Gil.

Adios.

Elvira.

(*Aparte á Sol.*) ¡Que no salga!

Sol.

Pero ¿qué es lo que sucede?

Desechad tales fantasmas.

Elvira.

(*Serenándose poco á poco.*)

Sí, teneis razon, locuras de mi mente acalorada...

Salid y reconoced

si quereis toda la casa,

pero... por si algo ocurriese

llevad desnuda la espada.

Gil.

(No hay duda. — Un hombre aquí habia.

Si no era Lanuza, que haga

á Dios su oracion postrera.)

Elvira.

Volved pronto.

Gil.

Sin tardanza.

Elvira.

¡Llevad cuidado! (Dios vele por él... y el cielo me valga.)

Gil.

(Yo averiguaré el misterio que se encierra en sus palabras.)

(*Se va por el fondo.*)

ESCENA VIII.

ELVIRA. — SOL.

Sol.

¡Oh! Decidme, si es posible, lo que mi mente no acaba de comprender... ¿por qué vos os quedásteis encerrada?

¿Por qué pedísteis socorro?

¿Por qué las megillas pálidas conservais aun y en torno dirigís vuestra mirada?

Elvira.

¡Ah Sol! ¡dejadme que llore!

Dejad que corran mis lágrimas:

dejad que á vos os confie

cuanto soy desventurada.

Sol. ¡Oh! Sosegaos, señora...
 Vuestra conmocion dá lástima.
 Tranquilizaos al menos
 un momento: bebed agua...

Elvira. No... ya estoy bien: ¡infelice!
 Belleza odiosa y aciaga
 es la mia, si por ella
 tanto riesgo me amenaza.

Sol. Hablad.

Elvira. ¿No veis que no puedo?

(Con desesperacion reconcentrada.)

Sol. Bajo la impresion fantástica
 de esa loca pesadilla
 estais aun, y me estraña
 que dure tanto una idea
 que al despertar quedó vana.

Elvira. Sueños hay que son horribles,
 que hieren de muerte al alma;
 pero hay despertar á veces
 que mas que los sueños matan...
 ¡Ay de mí! ¿por qué, Dios mio,
 tales desventuras guardas
 á la que te adora humilde
 y en nada te ofende... en nada?

Sol, cerrad todas las puertas;
 cerrad bien esa ventana
 y no os movais de mi lado.

Así... ¡Tengo miedo! *(La abraza.)*

Sol. Vanas

quimeras son de la mente
 que las finge acalorada.
 Pueblo armado nos rodea,
 y en reducida distancia
 el mismo Lanuza ha puesto
 centinelas avanzadas.

No temais, mi hermano ahora
 ronda tal vez, y ya nada
 debeis temer... Serenaos.

Elvira. Sí... *(no volverá.)*

Sol. ¿Qué os pasa?

Lanuza con varios hombres
 recorre todas las guardias,

- y vendrá aquí.
- Elvira.* ¿No está solo?
- Sol.* No tal.
- Elvira.* ¿Y es fácil que vayan á avisarle?
- Sol.* Con extremo fácil es. En la fachada de mi cuarto y á dos pasos, enfrente de mi ventana está un centinela; al punto que se le diga...
- Elvira.* Que vaya, que vaya á verle y le diga...
- Sol.* ¿Qué?
- Elvira.* Que su Elvira le llama, que le espera por momentos, que no venga solo.
- Sol.* Basta, así lo diré. (*Hace ademán de irse.*)
- Elvira.* ¿Y os vais?
- Sol.* Forzoso es; mas si la calma no habeis recobrado aun, venid conmigo.
- Elvira.* No, gracias; ya estoy tranquila, ya sé que vendrá Lanuza... ¡Y cuánta será mi alegría al verle... que no venga solo!
- Sol.* (¡Nada; está visto: ó sueña aun, ó ya la razon le falta!)
- Elvira.* Volved al punto.
- Sol.* (*Se va por la izquierda.*) No tardo.
- Elvira.* ¡Valor! Ya le tengo... ¡Oh! gracias.

ESCENA IX.

ELVIRA.

Sí... habrá huido avergonzado de sí mismo y de su audacia. ¡Ah! Lanuza, vuelve pronto;

vuelve, yo soy quien te llama :
ya estoy tranquila. Tal vez
es Gil de Mesa.

(Se dirige á la puerta del fondo, y entra Almenara rápidamente. Elvira espantada llega vacilando hasta las luces del escenario despavorida y con la faz desencajada.)

ESCENA X.

DICHA. EL MARQUÉS DE ALMENARA, por el foro. EMBOZADOS, por el balcon, que entran porque el Marqués se dirige á él y le abre. Entran, rodean á Elvira, y la tapan la boca con un pañuelo.

Elvira. ¡ Oh !
Marques. ¡ La cara !
Elvira. ¡ Favor !
Marques. Pronto, el tiempo vuela :
yo afianzaré la escala.
Elvira. ¡ Lanuza !
Marques. Llama al infierno
que te ayude.
Gil. *(Apareciendo en el balcon.)*

¡ Atrás, canalla !
(Cuando los embozados le abren, aparece Gil y los amenaza con voz de trueno ; saca la espada y acomete al Marqués, que se ve precisado á defenderse. Riñen.)

ESCENA XI.

DICHOS. GIL DE MESA. *(Sacando la espada.)*

Marques. ¡ Maldicion !
Gil. ¡ Marqués cobarde !
ladron de honras y damas,
defiéndete.
Marques. ¡ Miserable !
Gil. ¡ Yo he visto poner la escala !...
por ella bajarás muerto. *(Se baten.)*
Marques. ¡ A mí, valientes ! ¡ Soltadla,
y ayudadme !
(Los embozados, que son dos, dejan á Elvira y sacan las espadas acometiendo á Gil.)

- Gil. ¡Tres á uno!
- Elvira. (*Despavorida gritando.*)
¡Socorro... favor!...
- Marques. ¡Oh rabia!
¡Cejais, cobardes!... (*A los embozados.*)
- Gil. Tú lo eres.
- Elvira. ¡Lanuza, Sol, que se matan!
- Uno. ¡Ay!... ¡me hirió!
- (*Sin caer, pero soltando la espada.*)
- Marques. Piensas vencerme
ahora tambien y te engañas,
que si tu furor es grande,
esta puerta, Gil, no es mala.
(*Viéndose acorralado por Gil, intenta escapar por la
puerta del fondo. Esta se abre y aparece Lanuza con
la espada desnuda.*)

ESCENA XII.

DICHOS. — LANUZA.

- Lanuza. ¡Atrás!
- Marques. ¡Ay de mí! (*Con furor.*)
- Elvira. ¡Lanuza!
- Lanuza. Aparta, bien mio, aparta. (*Se baten.*)
¡Dos á dos!... Marqués villano,
¿esas son vuestras hazañas?
Vas á morir. (*Siguen batiéndose.*)
- Marques. Todavía
no... Lanuza... hasta mañana.
(*Huye por el balcon.*)
- Lanuza. ¡Cobarde!
(*Queriendo seguirle por el balcon.*)
- Gil. ¡Vill! (*Idem por el foro.*)
- Elvira. Deteneos. (*Conteniéndolos.*)
- Lanuza. Deja que á buscarle vaya.
- Elvira. ¡No, Lanuza! ¡Dios es justo!...
Con su maldicion le basta.
(*Señalando al cielo. Cuadro.*)

(Todo el entusiasmo del público en el final de este acto)

fué debido mas que á nada á lo bien que todos los actores supieron figurar el combate. Es esencial, pues, que se ponga un juego de espadas á propósito y unos golpes de asalto que se aproximen á la verdad, desechando la antigua costumbre de los teatros de España de batirse sin mas que cruzar las espadas de un modo impropio y ridiculo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Acto tercero.



El teatro representa una prision triste y antigua, pero sin ningun aspecto horrible. Debe estar abovedada y con arcos de piedra y ladrillo. En la pared de la derecha del actor hay una reja de hierro fuerte y segura, por donde entra la luz. En segundo término una puerta con cerrojo á la vista del público. En la de la izquierda habrá otra puerta practicable con barrotes de hierro y cerrojos exteriores. En el fondo, y en el último término de la bóveda, hay una gran reja de hierro dividida en dos hojas y practicable que llegará hasta el suelo y que figurará á una galería ancha y clara donde se supone haber otras prisiones, y por la que se sale al exterior. En esa galería frente á la reja hay una ventana grande con hojas, cerrada hasta su tiempo, y por la que se verá despues un horizonte lejano de cielo, ó bien un telon de calle. En vez de bancos de piedra, habrá solo dos taburetes en segundo término y de modo que no perjudiquen á la libertad de la escena.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE ALMENARA. EL CARCELERO.

Marques. Vos respondeis de su vida con vuestra misma cabeza.

Carcelero. Si Lanuza se escapára yo os responderé con ella.

Marques. Sacadle del calabozo y conducidle á esta pieza, que sobre ser mas segura,

del cadalso está mas cerca.

Carcelero. ¿Ninguno ha de entrar á verle?

Marques. Que entre á hablar con él quien quiera viniendo solo y sin armas...—

Despues vendrá una doncella á verle, es su nombre Elvira.

Abridla al punto las puertas, pero despues que ella entre, que no se abran para ella.

¿Nada ha dicho el prisionero?...

Carcelero. Nada que importante sea...

Maldice de su fortuna, y de ser noble se queja.

Marques. Bien está: haced lo que os dije.

Carcelero. Descansad en mi obediencia.

Marques. ¡Al fin te miro á mis plantas, fiero raza aragonesa.

Hiende con gritos el aire,

pide libertad, vocea,

y hará callar vuestras bocas,

de Lanuza la cabeza! (*Vase.*)

ESCENA II.

EL CARCELERO. (*Abriendo la puerta derecha.*)

Salid... (*Valor, confianza...*

y la partida aun es nuestra.)

ESCENA III.

LANUZA. EL CARCELERO.

Lanuza. ¡Y yo en mi poder le tuve!

Hora maldita fué aquella.

¿Qué me quereis?...

Carcelero. ¡He cumplido

lo que Almenara me ordena,

y es daros otra prision

que del cadalso esté cerca! (*Con sarcasmo.*)

Lanuza. Cerca de él está el vencido

donde quiera que se encuentra...

Carcelero. Señor, prestadme un momento atención, el tiempo vuela, y cada minuto suyo un año vuestro se lleva.

Lanuza. ¿Qué quereis?

Carcelero. *(Con rudeza y sentimiento.)*

Yo he sido siempre carcelero, y nunca quejas me han ablandado, ni menos dádivas, oro y promesas. Pero hoy, señor, es distinto: vuestra libertad es prenda de la libertad del pueblo. Yo soy su hijo: en mis venas arde su sangre, y el pueblo con vos muy ingrato fuera si no vertiese la suya para rescatar la vuestra.

(Se arrodilla y le ofrece un llavero.)

Tomad, señor, esas llaves; abren la temible puerta que á la libertad conduce ó al cadalso al reo lleva: vuestras son. De vos respondo, Lanuza, con mi cabeza. Y pues á las doce en punto á un hombre el cadalso espera, dad la libertad al pueblo mientras yo muero por ella.

(Lanuza le mira con interés, le abraza y le levanta.)

Lanuza. Tan heróico sacrificio no puedo aceptar.

Carcelero. Acepta, Lanuza: yo nada valgo; nada deja mi existencia tras de mí: ni un padre amado, ni una esposa amante y tierna, ni una patria que me lllore, ni un amigo que me quiera. Vos en cambio dejais tanto, que si cae la sangre vuestra, no sois vos el que sucumbe,

- sucumbe la Patria entera.
- Lanuza.* Que mi destino se cumpla,
segun Dios designe, es fuerza.
Vencedor ayer, vencido
por la traicion, Dios acepta
mi sacrificio; ¡tal vez
Dios libertarnos no quiera!
- Carcelero.* Él me ha sugerido el medio
que os propongo.
- Lanuza.* Amigo, deja
de rogarme, será en vano.
- Carcelero.* Lanuza, á las doce es fuerza
que tu sentencia se cumpla.
- Lanuza.* Que se cumpla mi sentencia.
Y si Dios la libertad
no quiere dar á esta tierra,
¡Aragon, baja á mi tumba
y con Lanuza te encierral!
- Carcelero.* Señor, por Dios, que nos oye. (*Llamán.*)
- Lanuza.* Gracias... Ve quién llama.
- Carcelero.* Pueda
yo librarte, y muera luego.
- Lanuza.* Abre... ¡Señor, dame fuerzas!
¡Aragon! ¡Elvira!... ¡Padre!
- Carcelero.* ¡Oh! gracias... ¡es Gil de Mesa!

ESCENA IV.

LANUZA. GIL.

- Lanuza.* ¡Gil, amigo!
- Gil.* ¡Juan! ¿qué es esto?
- Lanuza.* Esto es que la suerte adversa
generosidades mias
con adversidades premia.
- Gil.* ¡Tener ayer á Almenara
en nuestro poder, sin fuerzas,
sin amparo, sin amigos,
y dejarle huir!... Torpeza
fué por Dios que Dios castiga.
- Lanuza.* No de esa accion te arrepientas,
Gil; si él es ducho en traiciones

y pagó su noble deuda
 con la infamia de cogermelo
 desprevenido en mi tienda;
 si aguardó para matar
 al leon que le amedrenta
 á que cerrára sus párpados
 dentro de su madriguera
 y cual la culebra infame
 se arrastró hasta su cabeza;
 si fué con fuerzas mayores
 cuando él estaba sin ellas...
 ¿quién mas noble y quién mas digno...
 ¿el leon ó la culebra?

Gil.

Pero en tanto el tiempo pasa
 y peligra tu existencia,
 ¡y hoy mismo á las doce ¡oh cielos!
 harán rodar tu cabeza!

Lanuza.

¡Qué me importa! Háblame en cambio
 de Elvira... ¿qué ha sido de ella?
 ¿Qué dijo cuando pasaban
 las horas sin ir á verla?...
 ¿Cuando por mí preguntaba
 y mi voz no estaba cerca?...

Gil.

Mi hermana supo ocultarla,
 Lanuza, la fatal nueva;
 pero el estruendo del campo,
 el desaliento que empieza
 á cundir viendo tu falta,
 la soledad de tu tienda,
 los dos centinelas muertos,
 todo, en fin, todo la muestra
 la verdad, y huye espantada
 de sí misma loca y ciega.
 Entra en Zaragoza, busca,
 pregunta, y alguien la enseña
 tu cadalso: escita al pueblo,
 y rendida á tanta pena,
 con mi hermana que la cuida
 está esperando mi vuelta.

Lanuza.

¡Alma mia! ¡Oh! Gil, no dejes
 que á verme un instante venga,
 que debo morir sin llanto,

Gil.

y llorára mucho al verla.
 Lanuza, aun hay esperanza:
 los mas valientes me esperan,
 y es preciso dar un golpe
 que te salve y los sorprenda.
 Oye... ocultos en sus casas
 cual si el terror causa fuera
 de su silencio, es preciso
 que la plaza esté desierta.
 Almenara de ese modo
 desplegará menos fuerzas
 y apenas de estas prisiones
 se abran las terribles puertas,
 y la primer campanada
 de las doce el aire hienda
 y tú salgas al cadalso,
 por todas las callejuelas
 de la plaza, desbordada
 la multitud cae tremenda
 sobre los soldados, estos
 hacen frente, mas tú mientras
 ó huyes ó guias al pueblo
 en su jornada postrera.

Lanuza.

¡Aun mas sangre y por mi causa!
 ¡Ah! deja tu empeño, deja
 que muera...

Gil.

Aragon lo quiere,
 y tú lo has jurado.

Lanuza.

¡Sea!

Gil.

No te estrañe, pues, que nadie
 en la plaza al salir veas;
 todos la hora esperando,
 la campanada primera
 aguardarán: su sonido
 será la señal de guerra.

Lanuza.

¡Oh! ¡Gil, y cuánto te debo!
 Yo acepto solo tu oferta
 por Aragon y mi Elvira.

Gil.

(Que muera yo y viva ella.)

ESCENA V.

DICHOS. EL CARCELERO.

Carcelero. Gil, el marqués de Almenara viene.

Gil. Déjale que venga;
al entrar cae á mis piés
asesinado. (*Sacando la daga.*)

Lanuza. (*Interponiéndose.*) ¡Oh! no creas
que he de consentir... aparta;
la espada sienta en tu diestra,
no el puñal...

Gil. Lanuza, salvo
á Aragon.

Lanuza. Si me exigiera
la Patria una villanía,
esclava la Patria fuera.
La sangre á traicion vertida,
nunca hace una causa buena,
y un verdugo asesinado
es una víctima nueva.

Carcelero. Viene pronto.

Lanuza. Atrás, amigo;
yo mismo abriré la puerta,
y habrás de herir á Lanuza
antes que hacer lo que intentas.

Gil. Ha sido él traidor contigo.

Lanuza. Y si yo lo mismo hiciera,
¿quién era el vil, quién el noble?
Gil, aparta.

Carcelero. Ved que entra.

Gil. A las doce serás libre.

Lanuza. Al cielo solo lo ruego.

Gil. Adios.

Lanuza. Adios, y él ayude
vuestra temeraria empresa.

(*Se va Gil por la puerta del fondo. El Carcelero le acompaña, cierra la verja, vuelve y abre la puerta de hierro de la derecha.*)

ESCENA VI.

LANUZA. EL MARQUÉS.

Lanuza. ¡ Villano ! ¡ Viene á insultarme !
Y bien , que á insultarme venga :
mayor sea el sacrificio
y mayor mi gloria sea.

(Pausa. El Carcelero abre la puerta izquierda; entra el Marqués, que le hace una señal y se aleja.)

Marques. ¿ Lanuza ?

Lanuza. ¿ Marqués ?

Marques. ¿ Qué hacías ?

Lanuza. ¡ Adivinar tu insolencia !

Marques. ¿ Y tiembla Lanuza al verme ?...

Lanuza. Solo de cólera tiembla.

Marques. Estás vencido.

Lanuza. La víbora

que yace oculta entre peñas ,
mientras la pantera duerme
herir sabe á la pantera.

Marques. Soy el dueño de tu vida.

Lanuza. Dios es dueño de la vuestra.

Marques. A las doce morir debes.

Lanuza. Mi alma esa ventaja os lleva.

Marques. ¡ Seguro estás con el cielo !

Lanuza. Los mártires siempre llegan
á él... bautismo de sangre ,
las culpas redime enteras...

Marques. No mires tanto á la altura ,
los ojos baja á la tierra ,
y mira en tu derredor
tu poder y tu grandeza.

Gime otra vez Aragon
bajo mi cólera ciega ;
tu poder duró una hora ,
tu vida durará media. —

Y Elvira podrá ser mia
sin que libertarla puedas.

Lanuza. ¡ Ah ! ¡ vil ! paga de ese modo
la vida que yo te diera
anoche , cuando á su ruego

no terminé tu existencia ;
 págame haber impedido
 que al entrar por esa puerta,
 á mis piés... ante Lanuza,
 rendido y muerto cayeras,
 que cuanto es mas noble y grande
 la víctima que se entrega,
 tanto es mas vil el verdugo
 que su altivo cuello siega.

Marques. Guerra á muerte me juraste,
 á muerte ha sido la guerra.

Lanuza. Traicion á muerte es la tuya.

Marques. Si de tí me libra, sea.

Oye, Lanuza... No tienes
 una esperanza siquiera ;
 tu sentencia está dictada.

Lanuza. Nula es, Marqués, mi sentencia.
 Solo el pueblo á los Justicias
 de Aragon juzga y condena.

Marques. Yo te condeno y tú mueres...
 ¿ qué importa con tal que mueras ?

Lanuza. De juzgado á asesinado,
 Dios mide la diferencia.

Marques. Basta, Lanuza ; si juras
 no volver mas á esta tierra,
 si de Aragon me respondes,
 si me rindes obediencia,
 y si tú mismo, aquí mismo,
 Lanuza, á Elvira me entregas,
 sal libre de Zaragoza,
 yo te perdono... Contesta.

Lanuza. ¡ Solo en los viles se abrigan
 tan raquílicas ideas !
 Yo no juro no pisar
 otra vez mi misma tierra,
 que mi voluntad es libre
 desde que Dios me la diera,
 y no conoce mas límites
 que aquellos que la convengan.
 Yo de Aragon no respondo,
 que mal responder pudiera
 una ovejuela perdida

del rebaño que se aleja.
 Yo obediencia no os prometo,
 que es esclava la obediencia,
 y es la libertad mi culto
 y la esclavitud mi mengua.
 A Elvira no puedo daros,
 ni á ser posible os la diera;
 que Elvira es mi alma, y el alma
 solo es de Dios que la crea.
 Y basta, Marqués, de injurias;
 termine esta conferencia,
 que aun siendo vuestro enemigo
 de oiros me dá vergüenza.
 No añadais la hipocresía
 á la traicion que en vos reina:
 sed vil y traidor al menos
 de modo que el sol lo vea.

Marques. Implóra á Dios si en él crees.

Lanuza. En él ya creer es fuerza,
 que en tí Luzbel se retrata
 y sin Dios él no existiera.

Marques. Muere pues, y ¡ay de tu Elvira!

Lanuza. ¡Elvira! Calle tu lengua:
 Elvira no será tuya,
 que mientras haya en la tierra
 un puñal, con él Elvira
 sabrá entregársete muerta.

Y huye, Marqués, de mi lado,
 no emponzoñes la vivienda
 de la desgracia, no manches
 la cárcel con tu presencia,
 que mi última hora quiero
 que tranquila y santa sea.

(Entra en su prision.)

ESCENA VII.

EL MARQUÉS.

¡Pobre reptil, que á mis plantas
 rindes tu existencia entera,
 y viendo lo que te espera

altivo el cuello levantas !!
 Hoy te roba mi poder
 en alas de mi ambicion,
 la libertad de Aragon
 y el amor de una mujer...
 La muerte sobre tí zumba
 y no hay fuerzas que la atajen;
 este cerrojo es la imágen
 (Corre el cerrojo.)
 de la llave de tu tumba.

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS. ELVIRA. (*Desencajada y pálida.*)

- Elvira.* ¿Adónde está?... ¡Siempre vos!
Marques. Siempre, Elvira, ya lo ves;
 siempre es tu sombra el Marqués.
Elvira. Y yo siempre de él en pós.
 ¿Adónde Lanuza está?
 ¿adónde vuestra venganza
 ha encerrado mi esperanza
 y mi existencia quizá?
Marques. Donde el sol nunca le vea;
 donde á morir se dispone,
 donde á mi amor no se opone,
 donde mi dicha no crea.
Elvira. ¡Ah! ¡Marqués, Marqués, piedad!
 Si es de hombre ese corazon,
 otorgadme su perdon,
 volvedle su libertad.
 ¿Qué bienes os dá su muerte
 y su esclavitud qué gloria?
 ¿Qué dirá de vos la historia
 si le matais de esa suerte?
Marques. Dirá que es mi amor profundo,
 que os amé con furia loca,
 que por un sí de esa boca
 os hubiera dado el mundo.
Elvira. Basta... basta... quiero verle;
 quiero estrecharle en mis brazos
 y ahogarle con mis abrazos

á la idea de perderle.
 Sí, le amo, y mi pasión
 será eterna, grande y pura
 cual eterna mi amargura,
 cual puro mi corazón.

¿Qué importa que vos, cruel,
 le ocultéis á mi mirada,
 si no he de pensar en nada
 mientras vivā, mas que en él?

Marques. Es que ese amor... ese amor
 que llenándose de agravios
 se escapa de vuestros labios,
 es su sentencia peor:
 es que no tendreis la suerte
 de que guarde su existencia;
 no vais á llorar su ausencia,
 que vais á llorar su muerte.

Elvira. ¡Oh! ¡no hareis tal!... ¡no hareis tal,
 ó moriré á vuestros piés!...
 Piedad para mí, Marqués.

Marques. Juan Lanuza es mi rival.

Elvira. Pues que soy la causa yo
 de vuestra infame porsía,
 cortad la existencia mia,
 pero su existencia no.

Marques. Solo hay un medio.

Elvira. ¡Oh! ¡Cualquiera!...

Marques. Para acallar mi corage,
 que me jure vasallage,
 que salga de Aragon fuera;
 y en prueba de que ha de hacer
 cuanto mi mente le pida,
 en rehenes de su vida
 quedeis vos en mi poder.

Elvira. ¡Yo! ¡Nunca!...

Marques. Su muerte...

Elvira. ¡Ah!

¿Qué es lo que quereis de mí?...

Marques. Vuestro amor.

Elvira. ¡Mi amor!

Marques. ¡Oh! Sí.

Elvira. Salvadle y vuestro será.

Marques. ¡Cielos!

Elvira. Sí, pero antes quiero hablarle, verle...

Marques. Está bien.

¡ Vos me abrireis el Eden!...

Elvira. Verle solamente espero.

Marques. Aquí os volveré á buscar, y á librarle ó á perderle.

Elvira. Sí.

Marques. Si lograis convencerle, ved que se puede salvar.

Elvira. (No puedo mas...)

Marques. Ya me voy;

(Seña al Carcelero para que abra la puerta.)
recordad...

Elvira. Recuerdo.

Marques. (Al cabo

triunfo... Elvira y él esclavo.)

(Vase por la puerta derecha.)

Elvira. ¡ Lanuza! (Grito desgarrador.)

Lanuza. (Idem saliendo de la puerta izquierda.)

¡ Elvira!

Elvira. Yo soy.

ESCENA IX.

LANUZA. — ELVIRA.

Lanuza. ¿ A qué has venido?

Elvira. A partir

tu prision y tu amargura;

á darte mi desventura,

á adorarte y á morir.

Lanuza. A mí solo me tocó

morir por mi santa enseña.

Elvira. No es tu tumba tan pequeña

que no pueda caber yo...

Lanuza. No, Elvira; j6ven y bella

posible es; y en Dios me fundo,

en el camino del mundo

te alumbre mejor estrella.

Elvira. Mátame si piensas tal.

¿ Por quién he vivido yo?

¿quién mi alma á la dieha abrió?

¿quién realizó mi ideal?

¿Por quién, Lanuza, viví,

á quién entregué mi fé?...?

¿Si tanto y tanto lloré,

ingrato, no fué por tí?...

¿Hubo acaso en mi memoria

otra ilusion algun dia?

¿no forma la historia mia

parte de tu misma historia?

Si te estorba mi pasion

al morir con alma entera;

si quieres que no te quiera

arráncame el corazon.

Lanuza.

Alma y vida de mi ser,

¿y he de abandonarte hoy,

y de tí á alejarme voy

para no volverte á ver?

No, que aun tengo confianza;

alienta, bien mio, alienta,

que á mis ojos se presenta

el fanal de la esperanza.

Oye... á las doce del dia

debo en la plaza morir.

Elvira.

¡Oh!

Lanuza.

¡Silencio! y al salir

por esta mansion sombría,

á la primer campanada

de las doce... se alza el grito

popular.

Elvira.

¡Oh! ¡Dios bendito!

Lanuza.

Y concluye la jornada.

Libre quedo, y con tu amor.

Me lo juró Gil de Mesa,

y si él dirige esta empresa

no abrigo ningun temor...

Haré mal en admitir

tal servicio acobardado,

pero estando tú á mi lado

tengo miedo de morir.

Elvira.

Pero... y si el pueblo se tarda..

y si no acude al momento?...

Lanuza.

Entonces muero contento
si su libertad le aguarda.

Elvira.

¡No, no es posible!... El Marqués
una condicion ha puesto
á tu libertad.

Lanuza.

¿Qué es esto?...

¿Dónde?...

Elvira.

Aquí mismo á mis piés.

Yo por verte, consentí:
y huir ó morir es forzoso
antes que vuelva amoroso.

Lanuza.

¿A qué ha de volver?...

Elvira.

Por mí.

Lanuza.

¿Por tí?

Elvira.

Huye, Lanuza mio...

que apenas venga insolente,
de esta mujer inocente
abrazará el tronco frio:
la muerte me sabrá dar
su misma espada traidora.

ESCENA X.

DICHOS. EL CARCELERO.

Carcelero.

Las once son; una hora
os basta para escapar.

Elvira.

¡Cómo!

Carcelero.

Rogadle tambien
vos que le quereis sin duda:
venid, venid en mi ayuda.

Elvira.

¡Lanuza! ¿escuchas?...

Lanuza.

¿Y bien?

¿Sabes lo que ese mortal
me ofrece con tal nobleza?

Carcelero.

¡Oh, señora!...

Lanuza.

Su cabeza.

Yo no la acepto, no tal...
Dios en su santa clemencia
mi mala accion castigára.

Carcelero.

Todo Aragon implorára
de Dios para vos clemencia.

- Elvira.* Y pasa el tiempo...
- Lanuza.* Valor.
- Un hora falta no mas;
tal vez libre me verás.
- Carcelero.* (¡Entonces... Gracias, Señor!)
- Elvira.* Pero esponerse á tal prueba
es luchar con el destino.
- Lanuza.* Él abrirá mi camino
como alumbráramele deba.
- Elvira.* Oigo pasos... ¡Ay de mí!
- Carcelero.* Si son las once no mas...
El Marqués...
- Lanuza.* ¿Adónde vas?
- Elvira.* A tu lado... así... así...
- Lanuza.* ¿Cómo faltarte ha de osar?...
- Elvira.* Sé mi escudo.
- Lanuza.* Lo seré.
- Elvira.* ¡Tiemblo!
- Lanuza.* No tienes por qué.
- Elvira.* ¡Dios mio!...
- Lanuza.* Dejadle entrar.

ESCENA XI.

DICHOS. EL MARQUÉS DE ALMENARA,

- Lanuza.* ¿Qué buscais?
- Marques.* Una promesa.
- Lanuza.* Ignoro cuál pueda ser,
mas si la hizo una mujer
cumplirla no me interesa.
- Marques.* Vuestra vida en ella va.
- Lanuza.* Mi vida tengo jugada,
y no ha de importarme nada
vida que jugada está.
- Marques.* Elvira me prometió
ser mia si yo os perdono.
- Lanuza.* No será vuestra, y lo abono
no admitiendo el perdon yo.
- Marques.* Morir quereis; vuestra estrella
osais hasta el fin probar;
mas yo os he de perdonar

- si su palabra cumple ella.
- Lanuza.* Vuestro perdón no merezco,
ni le quiero, ni le imploro.
- Marques.* Ella...
- Elvira.* Yo... aun mas que le adoro,
Almenara, os aborrezco...
- Marques.* Mia sereis...
- Lanuza.* ¡Vive Dios!...
- Marques.* ¡Que hoy el infierno os confunda
y en la eternidad os hunda!...
Yo os separaré á los dos.
Grande es mi poder, y grande
el odio que te he jurado:
tú mi esperanza has burlado...
que Dios mi acción te demande.
Nadie por la plaza cruza,
y el pueblo esconde su frente...
un cadalso hay solamente.
Disponte á morir, Lanuza.
- Lanuza.* No es la hora.
- Marques.* No lo ignora
quien su triunfo así afianza,
pero para mi venganza
cualquier hora es buena hora.
¡Hola!
- (Aparecen cuatro soldados en la verja del fondo y cuatro en la puerta derecha. El Carcelero abre la verja del fondo.)*
- Elvira.* ¡Cielos!... ¡aguardad
que se cumpla la sentencia!...
¡no son las doce!...
- Lanuza.* (¡Prudencia,
Elvira!)
- Carcelero.* (¡Fatalidad!)
- Marques.* Mucho en el retardo fias,
pues tanto morir te cuesta;
á morir antes te apresta.
- Elvira.* (Adios, esperanzas mias.)
Marqués... aguardad ó herid.
- Lanuza.* Elvira, no ruegues mas.
- Marques.* ¿Quieres ser mia?
- Elvira.* ¡Jamás!

- Marques.** Terminó la odiosa lid.
(*Entran los soldados.*)
Apartad á esa mujer.
- Lanuza.** ¡Cobarde!
- Elvira.** ¡Piedad!... ¡perdon!...
¡es bronce tu corazon!...
- Carcelero.** (¡Y ya nada puedo hacer!)
- Marques.** (*Con horrible sarcasmo.*)
Lanuza... tu fin llegó:
ese cadalso que espera,
con la rebelion entera
de todo un pueblo acabó...
Del rey se opuso á la ley
y ahora la cabeza humilla,
que siempre hay una cuchilla
que haga obedecer al rey.
Dile á ese pueblo escondido
que á la rebelion se apreste:
siempre será su fin este,
que á ser esclavo ha nacido.
- Lanuza.** No, Almenara, nada importa
que un mártir un pueblo cuente;
ni que se alce de repente
el hacha que un cuello corta.
Donde una cabeza altiva
rueda entre su sangre ahogada,
justo es que la causa honrada
el nombre de un hombre escriba,
y ese nombre repetido
por tanto y tanto valiente
á la traicion hace frente,
en su bandera esculpido.
- Marques.** Con tu muerte, que deseas,
muere tu patria y tu nombre.
- Lanuza.** ¡¡ El verdugo mata al hombre,
mas no mata las ideas!!...
Más con el suplicio brilla
la idea en su sacrificio,
que la sangre de un patricio
es de libertad semilla.
Semilla de fruto en pós
que es fuerza que el viento arroje,

que la humanidad recoje
y que fecundiza Dios.

Marques. No habrá muchos en verdad...

Lanuza. Pueblos enteros un dia
ahogarán la tiranía
y alzarán la libertad.
Y en el libro de la historia,
siempre con sangre regado,
mi nombre estará estampado
en un rincon de su gloria.
Pueblos enteros despues
seguirán por mi camino,
y enclavarán el destino
de su nacion á sus piés.
Y no ignorarán jamás
nombre que en la gloria brilla...
Pelayo, dirán, Padilla
y Juan Lanuza detrás.

Marques. Basta, llevadle.

Elvira. ¡Oh! ¡Perdon!

Lanuza. ¡Elvira!... Elvira adorada,
daré al pueblo mi mirada,
pero á tí mi corazon.
¡Yo fallezco!...

Elvira. Apartad vos.

Marques. ¡Basta, Elvira, Elvira mia!...

Lanuza. Lanuza... tu alma me envía.

Elvira. (*Cae anonadada en un taburete.*)

Lanuza. Adios para siempre... adios.
Vamos... Pueblo aragonés,
que á verme morir no vas,
tarde, tarde llegarás,
mas para tí no lo es.
Sacude la vil cadena,
la altiva frente levanta,
y vé á segar la garganta
al hombre que me condena.
¡Padre! de tu voluntad
cuenta te daré cumplida,
te doy tu espada y mi vida...
¡Aragon y Libertad!

(*Salen todos por el foro, menos el Marqués y Elvira.*)

El primero queda anonadado con las palabras de Lanuza. Elvira se levanta fuera de sí.)

ESCENA XII.

EL MARQUÉS DE ALMENARA. ELVIRA.

Elvira. ¡ Ah ! ¿ qué es esto ? ¡ atrás , atrás !
 esas murallas abrid...
 yo me lanzaré á la lid.
 ¡ Oh ! Lanuza , ¿ dónde vas ?...
 ¡ Cobardes !... Volvédmelo ,
 (*Con un delirio creciente.*)
 es mi tesoro , mi vida...
 ¿ quién ha de haber que me impida
 que mi existencia le dé ?
 ¡ Atrás , aborto espantoso
 del averno... y del destino !
 huye , asesino , asesino...
 ¡ Abrid ! abrid , es mi esposo...
 es él... ¡ y el pueblo no acude
 hasta las doce !...

Marques. Aun no son.

(*El Carcelero abre la reja.*)

Elvira. ¡ Ah ! ¡ Maldicion ! ¡ maldicion !
 Y no hay nadie que me ayude !
 Tu Elvira , tu Elvira soy :
 ¿ no ves mi horrible tormento !
 ¡ Aguarda , aguarda un momento ,
 que á morir contigo voy !
 (*Se va por el foro.*)

ESCENA XIII.

EL MARQUÉS DE ALMENARA.

¡ Loca está !... ¡ Llegará tarde !...
 Ya al pié del cadalso llega...
 Lanuza... ¿ por qué se entrega
 mi alma al estupor cobarde ?

(*Mirando por la reja y agitado por diversas sensaciones.*)

¿ No está allí mi triunfo ? Sí.
 ¿ No estan mis celos ? Tambien.
 Se apresta el verdugo... ¡ bien !
 Cuánto tardan... ¡ ay de mí !
 Llega Elvira... ¡ suerte impía !
 Alza el hacha con presteza...
 ¡ Oh ! ¡ al rodar esa cabeza...
 Creí ver rodar la mía !...

(Suena el reloj de torre. En seguida se oye la campana de rebato. Murmullos crecientes.)

Las doce... ¡ rumor horrible !

Voces.

¡ Muera !...

Marques.

El pueblo se avalanza.

¡ Oh ! ¡ Ya está muerto !...

Voces.

¡ Venganza !

Marques.

¡ Cielos !... Huir no es posible.

Y vienen... ¿ qué es lo que oí ?...

Voces.

¡ Venganza !

Marques.

¡ Oh fatalidad !

ESCENA ÚLTIMA.

EL MARQUÉS DE ALMENARA. ELVIRA. GIL DE MESA. PUEBLO, ETC., ETC.

(Por el foro Elvira, con la espada de Lanuza en la mano, seguida del pueblo y gritando.— El Marqués quiere huir, y Gil de Mesa, que entra por la puerta de la derecha, le dá de puñaladas.)

Elvira.

¡ Aragon y Libertad !

Gil.

¡ Marqués, por él y por mí !

(El Marqués muere.)

Cuadro.

FIN DEL DRAMA.